

—¡Qué! Acabe usted...—dijo Amalia cada vez más sobresaltada.

—Tiene el suyo.

—¿Cuál?

—El nombre de Adela.

—¡Adela...! —dijo conmovida y fuera de sí la preceptora—. ¿Y dice usted que es igual a éste su medallón?

—En un todo, menos el nombre.

—¡Dios mío!—dijo Amalia palideciendo.

—Pero ¿qué tiene usted?—preguntó Núñez a su vez, notando la repentina mutación que se operó en el semblante de la preceptora.

—¿Qué he de tener? —contestó inquieta y afligida—: que la joven que tiene ese medallón..., la mujer que usted ama..., la que gime en poder de ese malvado Willey, es...

—¿Quién?

—¡Mi hija!

—¡Mi hermana!—exclamó Luz, sorprendida.

—¡Qué escucho!—dijo Núñez no menos admirado.

—Sí; yo solamente le había contado el encuentro de mi hija; pero no la circunstancia del medallón. Pero Adela, la infeliz Adela, es la otra hija de mi corazón, cuyo paradero ignoraba.

—Pues pronto, se lo juro a usted —exclamó Núñez con fe ardiente—, le estrecharé usted en sus brazos, y habré arrancado la vida a un infame perseguidor. Adiós, el toque de corneta me llama a reunirme a mis compañeros: tenga usted confianza en el buen éxito de la justa causa que defendemos.

—¿Sale usted también?—le preguntó Amalia.

—Dentro de un instante, así como mi amigo Leopoldo, de quien ya otras veces he tenido el gusto de hablar a usted, y que ha suspendido su enlace hasta que termine la campaña.

—¡Dios quiera —exclamó la hermosa Luz afligida— que no pierda la vida en un encuentro, como la ha perdido, sin duda, el sér que animaba la mía, y que no vea Clotilde desaparecer su ventura en los instantes en que soñaba realizar sus miríficos ensueños como soñé yo, para despertar en el llanto y el dolor!

Y la tierna joven se llevó el pañuelo a los ojos para enjugarse el llanto. Amalia la estrechó enternecida contra su corazón. Los gritos de ¡viva México!, ¡muera los yanques!, y las músicas militares que pasaban por la calle

tocando alegres piezas, volvieron a escucharse en aquel instante.

—¡Adiós! —dijo Núñez al llegar a su oído los ecos de la música—. Esa es la señal para que volemos a nuestros cuarteles, y marchar en seguida en busca del enemigo, que ha salido de Puebla, y avanza sobre esta capital.

Y el valiente joven, lleno de entusiasmo, de enojo contra el vil doctor, y ardiendo en deseos de medir con él sus armas en el campo de batalla, se ausentó para irse a unir con sus bravos compañeros. Amalia quedó sorprendida con aquel descubrimiento. Luz, conmovida también, se arrojó en los brazos de su amorosa madre, exclamando:

—El cielo le devuelva a usted sus dos hijas, y a nosotras una madre como no hay otra en el mundo, cuyo amor es el único bien que me queda en la tierra, si por desgracia ha muerto Rafael.

Y Luz y Amalia quedaron abrazadas un corto instante, mezclando sus suspiros y sus lágrimas de amor y de placer. Poco después, ambas caían de rodillas pidiendo a Dios les permitiese estrechar pronto a Adela contra su corazón, y por la vuelta de Rafael.

## CAPITULO XXXI

### Defensa de Churubusco

La suerte se mantenía contraria a los destinos de México. La justicia y el valor no habían podido lograr que la fortuna se asociase un sólo instante a ellos. En aquella guerra, una de las más dignas que han sostenido los mexicanos, como son todas aquéllas donde se trata de defender la independencia del país en que se ha visto la luz primera del sol, no fué necesario que el gobierno impusiese penas, ni recurriese a la fuerza para formar ejércitos. Los comerciantes, los artesanos, los literatos, los artistas, los labradores, los hacendados, los estudiantes, los empleados, los ricos y los pobres, todos acudieron voluntariamente a tomar las armas en defensa de la patria invadida. No había un sólo mexicano que no se aprestase al combate, resuelto a morir antes que recibir la ley del invasor.

A mí, que hacía poco que acababa de llegar de España, me tocó presenciar aquellas escenas de heroísmo, de abnegación y de desprendimiento en que rivalizaban los me-



xicanos. El batallón «Victoria», como ya hemos dicho en otro capítulo, lo componía la gente más granada, selecta y rica de la sociedad; el batallón «Hidalgo», los empleados de todas las categorías, personas todas de esmerada educación; el de «Independencia», los impresores, periodistas y abogados, y gente aficionada a las letras; el batallón de «Bravos» y el de «Mina» están compuestos de honrados artesanos; y todos, en fin, de gente apuesta, ágil y vigorosa, que lleva la inteligencia en la frente, y el patriotismo y la fe en el corazón. Eran excelentes soldados, dispuestos a morir antes que soportar el yugo ominoso de los invasores; y éstos hubieran perecido, sin salvarse uno solo, en la primera batalla, si los mexicanos hubieran contado con generales tan entendidos como valientes. Pero el arte de la guerra es una ciencia; y cuando las cuestiones se resuelven por ésta, el triunfo no es el del más valiente, sino del que más sabe el punto que se cuestiona.

Los mexicanos en la Angostura, en Cerro Gordo, en Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, combatieron como héroes, derramaron a torrentes su sangre, hicieron retroceder por momentos al enemigo, pero al fin, la mayor ciencia de éste en la guerra, el ojo perspicaz de su general en jefe en descubrir la parte vulnerable de la línea mexicana, acababa de alcanzar la victoria, haciendo estériles los esfuerzos, los rasgos más notables de valor, de millares de víctimas que se sacrificaban en aras de la patria. En las batallas sucede lo que con el juego de ajedrez: el que mejor mueve las piezas, alcanza el triunfo. Si en vez de presentar batallas campales como aconteció en toda aquella guerra desgraciada, pero gloriosa, los mexicanos se hubieran propuesto defenderse en poblaciones fortificadas, los norte-americanos jamás hubieran llegado a la capital de México: Puebla hubiera sido su sepulcro.

La primera batalla que se libró a los invasores al entrar en el valle de México, y a la vista de la capital, fué en Padierna, pequeña aldea, poco distante de San Angel, mandada por el general Valencia. La acción se empeñó el 19 de agosto, a las dos de la tarde, y duró casi hasta la caída del sol, quedando dueños de sus posiciones los mexicanos, y retirándose los invasores para continuar la batalla al siguiente día. En este hecho de armas, honroso para México, pereció, víctima de su patriotismo y de su arrojo, el valiente general Frontera, al lanzarse con su caballería sobre el enemigo. Al amanecer del día 20, las tropas inva-

soras que se habían acampado cerca del sitio del combate, avanzaron, en tres columnas, sobre la división de Valencia.

Núñez, Leopoldo, Félix y Ricardo, que para estar juntos habían pasado al cuerpo de caballería de nacionales, presenciaban la acción desde Churubusco, punto encomendado a la guardia nacional, y anhelaban volar al socorro de sus compatriotas. Pero esto hubiera sido faltar a las órdenes del general en jefe, que les había ordenado permanecer en aquella importante posición. El general Valencia recibió al enemigo con valor, creyendo que en su auxilio volarían algunos cuerpos del ejército de reserva; y alentado con esta esperanza, combatía con indecible esfuerzo.

—¡Oh! ¡Cuánto diera por encontrarme en la refriega! —decía Núñez a sus tres amigos, que, como él, contemplaban el bélico ardor de los combatientes—. Allí, sin duda, está el infame Willey, y podría arrancarle la vida después de haberle obligado a que me volviese la mujer que adoro.

—Eso podrá hacerlo su merced, aún cuando no tomemos parte en la acción por ahora—le dijo un campesino que llegaba en aquel momento a caballo, al sitio donde se hallaban.

—¡Oh! ¡Pablo! —exclamó Núñez, tendiendo la mano al que acababa de hablar—. ¿Cree usted en efecto, que tendré lugar de medir mis armas con las del monstruo que maldigo?

—Sin duda alguna.

—Pero, ¿cómo?

—Si la victoria corona el valor de nuestros soldados en Padierna, la retirada de los yankees será desastrosa y desordenada, dando lugar a que, siguiendo su alcance todo el ejército, usted persiga a su cruel enemigo, lo mate, y salve de su poder a la joven que, según tengo entendido, camina en el convoy dentro de una litera.

—¿Será posible?

—Lo sé por mí mismo.

—¿Cómo!

—Buscando al capitán don Juan, a quien tanto quiero, así como a don Rafael, de quien no se ha tenido noticia desde la acción de Cerro Gordo, pasé por el campo enemigo para ver si estaban prisioneros, y como mi traje infunde confianza, lo recorrí todo.

—¿Y qué descubrió usted?

—Respecto a don Juan y don Rafael, nada; pero vi en la retaguardia del ejército invasor, marchar entre los tre-



nes y equipajes una litera, en donde me dijeron que llevaban a la esposa de Willey, y como sabemos que no tiene esposa, luego me figuré que es la señorita Adela.

—¡Oh!, esa noticia me colma de esperanza. Seguido de algunos cuantos valientes, fácil me será caer sobre la retaguardia del enemigo, y mientras éste vuelva de su sorpresa, matar a los que custodien la litera, sacar de ésta a mi hermosa Adela, colocarla sobre mi caballo, y entrar sin tropiezo en la ciudad.

—¡Ah!, cuente usted conmigo para esa empresa—dijo Ricardo.

—Y conmigo—añadió Félix.

—Y con nosotros—agregaron Leopoldo y Pablo.

—¡Gracias! Admito gustoso la cooperación de tan valientes caballeros.

—Y si después de salvar a la señorita —dijo Pablo— conseguimos hacer prisionero a Willey, tal vez logremos volver a ver a mi amo don Juanito y a don Rafael, a quienes tal vez tendrá presos.

—¡Si es que no los ha asesinado! —exclamó Núñez con profundo sentimiento—. ¡Oh!, eso sería inicuo; pero todo lo temo de él. Y la pobre Luz que ha padecido tanto, ¿qué será de ella, si cuando espera alcanzar el premio a sus largos tormentos, recibe la noticia de la muerte del hombre que idolatra?

—Se morirá de pena, sin duda —dijo Leopoldo—. Pero, ¿qué veo! —añadió dirigiendo la vista hacia el combate, atraído por las continuas descargas que se oían—. ¿Por qué el general en jefe no nos manda correr en auxilio de nuestros compatriotas? ¿No ven ustedes el considerable número de enemigos que circundan por todas partes a la valiente y corta división del general Valencia? ¿Será posible que presenciemos la desigualdad de ese combate, con la calma fría del espectador indiferente?

Y aquellos intrépidos jóvenes dirigieron la vista hacia el ensangrentado sitio en que, mexicanos y yankes, confundidos y revueltos, luchaban con arrojo y constancia admirables. El combate era terrible. El general Valencia había sostenido el choque del enemigo con admirable denuesto, persuadido de que pronto sería auxiliado por el general en jefe; pero viéndose abandonado y acometido por todas partes, por fuerzas muy superiores en número, no tuvo otro remedio, para no perder estérilmente la corta fuerza que le quedaba, que emprender la retirada.

Núñez dejó escapar un grito de desesperación al ver triunfante al ejército invasor.

—¿Y qué importa que haya adquirido alguna ventaja? —exclamó Ricardo sin perder su serenidad—. Mejor: así podremos tomar parte nosotros en la acción, porque, sin duda, han de venir sobre este punto.

—Con efecto —advirtió Leopoldo—: veo avanzar sus columnas hacia este sitio.

—¡Ah!, el corazón me anuncia que la victoria va a sonreírnos este día—exclamó Núñez, afirmándose en los estribos y acariciando la crin del brioso caballo que montaba—. Sí; el corazón me anuncia también que va a sucumbir al golpe de mi espada el infame Willey, de cuyo poder arrancaré a la hermosa mujer que labrará mi felicidad.

Entretanto que tenía lugar este diálogo, la derrota se había hecho general en la corta división de Valencia. Los enemigos seguían su alcance por la misma ruta que ella traía. Los soldados, perdida la moral, hacían la retirada en tropel, acribillados por las descargas de las columnas invasoras que los seguían de cerca; y en este estado de confusión y de desorden, llegaron al punto de Churubusco, donde se encontraban Núñez y sus valientes amigos. Los jefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigón y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por extraviados senderos.

Los norte-americanos, vencido aquel obstáculo, siguieron adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Núñez y sus amigos, que, como dejamos dicho, pertenecían a la caballería de la guardia nacional, conociendo que en aquel punto la mejor arma para defenderlo era el fusil, desmontaron de sus caballos, los ataron a un árbol que se encontraba distante, y se colocaron entre las filas de los infantes. Por una mala combinación la división que venía de Coyoacán, se encontró al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de San Antonio, perseguida por las tropas invasoras del general Wort, que la daba alcance. El general Santa-Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente, protegida por todas las compañías de San Patricio, compuestas de irlandeses que habían desertado de las filas invasoras y que habían tomado parte por México, y el batallón de Tlapa. El tránsito estaba obstruido por dos



carros de municiones; por encima de ellos, por entre las ruedas, por los pies de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada por la calzada de San Antonio, la mayor parte de las municiones, que con actividad había procurado salvar el general Al-corta; pero el general Santa-Anna previno no pasara por el Puente ningún carro, hasta que lo verificase la tropa, motivo por el cual se perdieron las municiones. En estos momentos las fuerzas de Worth, al abrigo de los carros de las municiones abandonadas, avanzaron sobre el Puente.

Núñez y sus amigos, lo mismo que todos los que defendían aquel punto, esperaron con serenidad al enemigo. Este avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos: la infantería y artillería mexicanas, con una granizada de balas las despedazan y hacen vacilar; uno de los cañones mexicanos incendia a la vez dos de los carros de municiones, abandonados enfrente de la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los norte-americanos forman una nueva batalla enfrente de la posición, y se hace general el combate: dos líneas de humo se marcan en el aire; dos rastros de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Gayoso, del primero ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido.

Núñez, Ricardo, Leopoldo, Félix y Pablo, se encuentran en todas partes desafiando la muerte y alentando a sus compañeros de armas. Los valientes nacionales que ocupan el convento de Churubusco, están resueltos a defenderlo a todo trance. Una nueva columna invasora se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el cuarto ligero y parte del once de línea, y se dirige a la hacienda de los Portales, un cuarto de legua a retaguardia, con objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto a la calzada, circunda su pie con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los norte-americanos se dirigieron a la derecha, siguiendo a los que les precedían. El general Bravo llega a este tiempo por los postreros, con unos restos salvados de San Antonio. El general Pérez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho; en consecuencia se desbandan sus soldados en todas direcciones, tomando al-

gunos la del Peñón. Los enemigos, entonces, se arrojan sobre el Puente. Sus defensores luchan con el valor que da la desesperación.

Núñez y sus compañeros montan en los caballos que habían dejado atados, desenvainan las espadas, y se arrojan sobre el enemigo. Pero arrollados por una fuerza muy superior, se ven obligados a retroceder. En vano luchan los mexicanos con el denuedo de los héroes. Las columnas invasoras son cada vez más numerosas, y no pudiendo resistir a su número, abandonan el Puente, que cae en poder de los norte-americanos.

En Portales se redobla el ataque: los invasores avanzan; derrámanse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve a este punto con los húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte; redobla sus esfuerzos; pero todo es inútil: el número triunfa del valor, y los norte-americanos avanzan triunfantes. En la calzada se ve un desorden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan. Una fuerza de caballería invasora, montada sobre fuertes y ligeros caballos frisonos, alcanza a la retaguardia, y aumenta el espanto, acuchillando a los que encuentra a su paso.

Núñez ve aquel desorden; comunica a sus compañeros el deseo de ir a contener los avances del enemigo, y parten al galope al sitio más peligroso. El oficial que mandaba la fuerza de caballería norte-americana que, como hemos dicho, acuchillaba a la retaguardia, lanzó un grito de alegría al descubrir al hombre que se presentaba a su paso. Núñez fijó en él la vista y sintió aumentarse doblemente su valor.

—¡Willey!—exclamó empuñando la espada, y arrojándose sobre él.

Ricardo, Leopoldo, Félix, Núñez y Pablo, acometieron con el mismo ímpetu; pero la fuerza de los caballos frisonos, altos y pesados, que montaban los contrarios, hizo estériles los esfuerzos de nuestros cinco campeones. En batalla singular, combatiendo uno a uno, la ligereza del caballo mexicano, la facilidad con que obedece a la rienda, sus rápidos movimientos, hubieran dado la victoria a Núñez y sus compañeros, que eran excelentes jinetes; pero allí se trataba de desbaratar una masa compacta que, como una montaña, rodaba sobre el camino.

Willey, conociendo la ventaja que tenía sobre sus adversarios, mandó retroceder a sus soldados, y luego, uniéndose como si formaran un solo cuerpo, se arrojaron sobre



sus temerarios competidores que, no pudiendo resistir aquella muralla de acero y de hombres, tuvo que retroceder combatiendo en retirada.

Entonces nada pudo contener a Willey y sus soldados. Alentados éstos por el primero, se precipitaron cuatro o cinco sobre cada uno de los que con Núñez se habían presentado. Conociendo entonces que, continuar luchando cada uno aisladamente contra tantos, era hacer el sacrificio de la vida estérilmente, trató cada cual de abrirse paso para salvarse. Núñez fué el primero que consiguió librarse de Willey y de otros tres que le rodeaban, salvando una zanja y colocándose a un lado del camino. Ricardo, Félix y Pablo, consiguieron seguirle; parte de ellos, cubiertos de sangre y de heridas, aunque no peligrosas. La caballería enemiga trató de alcanzarles, pero prácticos en el terreno, pronto desaparecieron.

¿Y Leopoldo? Sólo él no había conseguido abrirse paso; rodeado de enemigos por todas partes, había tratado también de saltar la zanja; pero el caballo, que en aquel instante recibió un golpe terrible, cayó muerto en la zanja, quedando sepultado el joven artista debajo del pesado cuerpo de su corcel, y herido también en la cabeza y en el hombro, por dos sablazos descargados por un dragón norteamericano y por Willey. Este, sediento de sangre, y juzgando mortal la herida causada a Leopoldo, continúa persiguiendo a los fugitivos por la calzada, y penetra con indecible arrojo por un lado de las murallas de las puertas de la capital, descargando furibundós golpes. Su arrojo, lo mismo que el de algunos que le acompañaban, llena de asombro a todos, y les da lugar a que se retiren para reunirse a sus compañeros. El fuego cesa en las calzadas y en las puertas de México.

Eran las cuatro de la tarde: el combate había empezado a las once: transcurre aún otra hora de mortal espera, en la que aún se perciben desde México, ecos lejanos de artillería por Portales y el convento de Churubusco.

«Churubusco —dicen los Apuntes para la historia—, es una pequeña aldea, distante dos leguas de México, situada en la confluencia de los caminos de Tlalpan y Coyoacán, formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que representa ambas calzadas. El pueblo de Churubusco se forma de un grupo de humildes chozas de adobe, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vegetación se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña corpulenta del

maíz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubusco.

»Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situación, había sido escogido para resistir, o por mejor decir, para contener por algún tiempo a las fuerzas invasoras. Ni podía exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificación pasajera que se había levantado y que consistía en un parapeto construido con adobes, de cerca de ocho pies y medio de espesor, a la distancia de veinte pasos de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos, en la mayor parte de su profundidad, de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitación con que se había trabajado en las fortificaciones, no había permitido que el parapeto, levantado en el frente y costado izquierdo, se extendiera al flanco derecho de la posición ni a la azotea del convento, ni aun por donde existía, estuviera acabado.

»Los invasores, pues, vencidas todas las dificultades, y triunfantes en todas partes, avanzaban sobre el convento, del que creían apoderarse a muy poca costa, pues las pocas dificultades que habían tenido que vencer para llegar hasta allí, les hacían presumir que el ejército mexicano, todo entero, se replegaría hasta la capital. Debióles confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, a pesar de hallarse ya a tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenía de la orden expresa de los generales Rincón y Anaya, quienes, para no gastar pólvora en balde, habían dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuviesen a una distancia muy corta. Hizose así, en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas norteamericanas, les obligó a detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos.»

Núñez y sus amigos, rodeado, y por caminos extraviados, habían vuelto al sitio del peligro, deseando perecer o triunfar, y creyendo encontrar en él al intrépido Leopoldo, cuya falta habían notado. Pero en vano buscaron: el amante de Clotilde no estaba allí.

Los invasores, aunque contenidos en su marcha por un instante, avanzaron de nuevo, dirigiéndose sobre el frente del parapeto, una fuerza, y otra, más considerable, sobre el costado derecho. Trábase entonces un reñido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolongan